

Ángela Ponce Romero, ganadora de la séptima edición de Visa de Oro Humanitaria del Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR) 2017, registra las distintas etapas que comprenden los procesos de exhumación, identificación de restos y entierro de las víctimas en localidades de Uchu, Accomarca, Lucanamarca y Cayara. Las imágenes se desenvuelven entre el dolor de los familiares y la presencia mayoritaria de mujeres, que encuentran en la sencillez de los objetos un especial significado: fotos, flores, velas, han sido su compañía durante estas décadas de búsqueda y han creado otros ritos y refugios ante la indiferencia colectiva.



“Las dos últimas décadas del siglo XX constituyeron uno de los momentos más trágicos para la ciudad de Ayacucho y la historia del Perú. El periodo de violencia iniciado por Sendero Luminoso, y la respuesta del Estado, arrojaron un saldo de decenas de miles de muertos y desaparecidos en las localidades de Uchu, Accomarca, Lucanamarca y Cayara. Las mujeres de estas comunidades fueron víctimas de asesinatos indiscriminados, y fueron sometidas a un régimen de terror y obediencia. Las niñas fueron reclutadas desde edad temprana para formar parte de los grupos subversivos que las obligaban a realizar varios trabajos. Además, se vieron forzadas a contraer matrimonios no deseados y también fueron víctimas de abusos sexuales. Hoy las mujeres sobrevivientes, las viudas y los huérfanos continúan en busca de justicia y verdad. Este conjunto fotográfico reúne eventos conmemorativos celebrados en Ayacucho, y tiene como propósito crear una memoria colectiva que impida que se repita el período de violencia”.

Ángela Ponce



Jr. 28 de Julio 178, 2do. piso, Ayacucho

Del 8 de marzo
al 29 de abril de 2018
Lunes a domingo
de 8:00 am. a 10:00 pm.

INGRESO LIBRE

LUM



MASKAQ WARMIKUNA

Mujeres que buscan

Exposición fotográfica de ÁNGELA PONCE

MASKAQ WARMIKUNA

Mujeres que buscan



Nazareth de Uchu, Ayacucho 2016.

Es frecuente que sean los hombres, esposos, hijos y hermanos, quienes conformen los mayores porcentajes en las listas de muertos y desaparecidos del periodo de violencia. Sus ausencias producen impactos en la vida comunal y familiar, en donde las mujeres aparecen como las principales testigos, y también como protagonistas de los procesos de resiliencia y adaptación a la violencia. Estas experiencias, sin embargo, no son menos trágicas: les ha tocado ser reclutadas a la fuerza por grupos armados, ser objeto de uniones forzadas y abusos sexuales, lo que muchas veces les significó ser señaladas y estigmatizadas por sus vecinos y conocidos. Algunas de estas historias han sido materia de denuncias y cobertura periodísticas. Menos visibles han sido los esfuerzos de las mujeres por superar estos episodios, atravesar el dolor y rescatar su dignidad; viajar kilómetros para huir de la violencia, buscar trabajo, levantar familias, demandar el respeto a sus derechos, protagonizar reclamos de justicia y liderar organizaciones de búsqueda de sus familiares.

Las protagonistas de estas imágenes son mujeres del departamento de Ayacucho. Esta región sufrió los golpes más fuertes de la violencia, lo que se tradujo en la pérdida de una gran cantidad de vidas humanas y un crecimiento demográfico negativo debido al número de personas que abandonaron la región. La violencia no solo marcó la vida de la población ayacuchana, sino que transformó su paisaje: comunidades enteras se dispersaron, otras optaron por reubicarse, los límites comunales cobraron nuevos significados y el territorio se reconfiguró. Los rostros retratados aquí son cristalizaciones momentáneas de todo lo anterior, de los sentimientos que embargan a estas mujeres en su búsqueda continua de justicia, verdad y una reparación que las compense, si acaso es eso posible, por los daños sufridos. Estos retratos nos hablan del sufrimiento, pero también del



Lucanamarca, Ayacucho 2016.



Nazareth de Uchu, Ayacucho 2016.



Cayara, Ayacucho 2016.



Cayara, Ayacucho 2017.

trabajo que hay que hacer para superarlo. Sus muertos están allí, siendo honrados, encajonados y enterrados. El dolor no las abandona, pero tampoco las detiene. Solo domesticando la muerte nos podemos abrir a la vida.



Nazareth de Uchu, Ayacucho 2016.